

MASCULINIDADES DESAFIADAS: IDENTIDADES DE JÓVENES NEGROS DE BARRIADAS POPULARES Y DISCRIMINACIÓN RACIAL

“Yo pongo énfasis en que términos tales como la “masculinidad hegemónica” y “las masculinidades marginadas”, denominan no tipos de carácter fijos sino configuraciones de práctica(s) generadas en situaciones particulares, en una estructura cambiante de relaciones. Cualquier teoría de la masculinidad que tenga valor debe dar cuenta de este proceso de cambio”. R.W. Connell ([1997]:43).

Nuestros personajes hombres jóvenes en sus diferentes representaciones de figuras masculinas y las mujeres, novias, amantes o compañeras, en sus discursos y prácticas en relación con los hombres de la barriada, que hemos reunido en un conjunto de testimonios relato, nos permiten avanzar en una serie de hipótesis de trabajo que buscan articular el universo micro-social de las identidades con los procesos macro de segregación-exclusión urbanas. Se trata ahora de repensar los resultados a través de otros hallazgos e investigaciones más analíticas que apuntan al campo de estudio en cuestión, aunque a lo largo de los diferentes capítulos hemos procurado mantener una continua referencia a los estudios ya existentes para no caer en una visión provinciana sobre nuestros personajes y más bien entender que se trata de procesos más amplios y globales que muy seguramente se relacionan con los patrones contemporáneos de la modernidad y la producción de subjetividades en las identidades de género y de orientación sexual en las diferentes sociedades capitalistas. Por otro lado, hemos procurado mantener siempre como brújula los factores contextuales de clase, género y raza, en el estudio de las masculinidades del grupo de ciclo de vida que nos hemos propuesto.

Tendencias observadas en los espacios / escenarios y en los testimonios relatos

Una lectura analítica que permite hacer una interpretación de los datos cualitativos construidos nos sugiere las siguientes consideraciones:

- A) Hay una fuerte presencia como telón de fondo de la violencia en los barrios populares en donde residen los jóvenes negros, tal como muestran los datos estadísticos, y que expresan los relatos de los jóvenes. Es en este contexto que los jóvenes construyen modelos de identidad específicos: la violencia es un factor que marca la conformación de las masculinidades entre estos jóvenes negros, así como para el conjunto de los demás actores sociales que residen en los barrios populares. No puede hacerse “hombre” un joven sin que esté en juego la figura masculina de poder que inspira temor, porque supuestamente puede ejercer un “carisma” en un espacio territorial basado en el respeto que logra de los demás a través de la capacidad de coacción física apoyada en las armas y en el hecho que posiblemente el más “hombre” tiene a su haber ya algunos muertos. Pero también – y esto es bien importante– como característica común a los diversos entrevistados masculinos, que la hombría se marca en un permanente reto de riesgo con la muerte, o sea, tener el coraje de enfrentar a quien le disputa lo que supuestamente es de él (una mujer, dinero, familia, objetos y medios diversos, etc.). Hay así un ambiente envolvente de riesgo real, que todos los actores perciben.

Las armas, sobre todo las de fuego, les ofrecen a los protagonistas, los jóvenes, una capacidad material de hacerse respetar y demostrar la fuerza coactiva frente al potencial adversario, hasta

eliminarlo si es necesario. Es más “hombre” quien logra tener a su disposición esa capacidad (un arma) y la sabe utilizar sin dificultad.

- B)** Respecto a la incidencia del componente socio-racial a nivel del contexto en la vida de estos jóvenes y la construcción de sus masculinidades, es claro que no puede pensarse en mayores diferencias entre estos jóvenes negros y jóvenes mestizos y blancos de sectores populares de barriada. En términos de algunos de los “hallazgos” ellos son comunes a los jóvenes de barriadas pobres en cualquier ciudad. Sin embargo, hay un elemento que complica el análisis, ya analizado en el primer capítulo de tipo más contextual, sobre la base de un amplio soporte empírico cuantitativo y documental. Se trata de la autopercepción intensa de exclusión, según la expresión de los mismos jóvenes negros –hombres y mujeres–, de “ghetto”. Por otra parte, hay que recordar el factor sociodemográfico ya analizado en el primer capítulo, de una población masculina mucho más joven que la femenina, con una concentración de los hombres superior al 60% en edades inferiores a los 20-25 años. Esto constituye un factor en la construcción de las subjetividades masculinas de los jóvenes negros, en la medida en que puede favorecer una situación de fuerte competencia y disputas entre pares, especialmente en un contexto de alta deserción escolar masculina.

Todos los jóvenes de la barriada de una manera u otra aluden a situaciones de discriminación vividas fuera del barrio y más precisamente, en otros espacios de la ciudad diferentes al Distrito de Aguablanca. La mayor parte de eventos discriminatorios tienen que ver con el color de piel en el transporte, calles de la ciudad, mercado de trabajo. No obstante en el interior de las barriadas o conjunto de barrios populares con alta concentración de población negra, se hacen diferencias entre un barrio y otro, con las connotaciones de exclusión asociadas a ellas. Por ejemplo, entre Charco Azul y Sardi. Los testimonios relatos corroboran los resultados de lo presentado en el primer capítulo sobre las “regiones morales” y la fuerte estigmatización que sufre el oriente de la ciudad, en particular los barrios del Distrito de Aguablanca.

Si las anteriores subjetividades son construidas en un contexto de fuerte segregación socio-racial y exclusión social, ante el resto de la sociedad el énfasis se hace sobre aquellos atributos que no sólo caracterizarían al barrio, sino especialmente sobre aquéllos que hacen al barrio diferente: surge al reconocerse como residente de un barrio “que sí suena” pero por un cúmulo de aspectos negativos. La idea de “ghetto”, espacio propio así no sea maravilloso, es contrapuesta al mundo exterior. En él se combinan el “infierno” y la vida barrial, con lazos de vecindario, también de solidaridad.

- C)** En la producción de las subjetividades, la autopercepción de estar segregados por parte de los jóvenes, el término “ghetto” sería una clave semántica de comunidad inventada. Podríamos adelantar como hipótesis de trabajo que en la resignificación de “ghetto” –captada a través de las entrevistas– es probable que ciertas percepciones de masculinidad estén más asociadas a formas excluyentes respecto a una oposición de conductas masculinas versus femeninas o de “poco hombre”. Por lo mismo, son más visibles los sentimientos colectivos homófobos entre los grupos de pares y también de ese modo las individualidades que se separan de la “norma”, son percibidas y desarrolladas de una forma más intensa. Esta hipótesis se apoya en el resultado de la oposición “aletoso” versus “gomelo”. El primero significando un tipo de masculinidad de “ghetto”, agresiva,

de sectores populares excluidos, marginados, mientras el segundo es construido como negación de “hombría”, cercano a comportamientos femeninos, “homosexuales”, negación de la condición de joven negro de barriada¹⁹⁵. Se crea así una sobre-representación de ciertos atributos masculinos relacionados con las expresiones del “parado”, de hombre “carácter”, del “frentero”, que en buena medida sintetiza la figura del “aletoso” contrapuesta a la del “gomelo”, a su vez sobre-representación émica de “poco hombre”, peligrosamente “homosexual”, en cuanto representa para los muchachos del “ghetto” la imagen “fina” o “delicada”, o sea, una imagen femenina. Se produce así un tipo de masculinidad en un mundo excluido. Podríamos sugerir así la hipótesis de una representación masculina polarizada entre “aletosos” (los de adentro del “barrio bajo”) versus los “gomelos” (los de “barrios buenos”) en un contexto de segregación espacial socio-racial. Se cruzan los ingredientes de clase social y discriminación racial en esta polarización.

- D)** En términos de identidad de género, el modelo hegemónico (sistema de sexo-género) que parece dominar entre los jóvenes varones del barrio es rígido en el sentido que no admite situaciones ambiguas: las mujeres “igualadas” son rechazadas, de la misma forma que las expresiones discursivas homofóbicas son reiteradas. La cercanía con individuos cuya hombría estén en duda es asumida como peligrosa: persiste el temor a ser identificado socialmente con ellos. Ahora bien, existen ciertas posibilidades de juego con el modelo: aún los jóvenes más “duros” admitirían mantener relaciones homoeróticas (siempre que no implique ser penetrados) si se trata de una relación monetaria.
- E)** En términos generales coincidimos con Viveros y Cañón, al evaluar buena parte de nuestros testimonios relatos de personajes con masculinidades hegemónicas e intermedias y aún los marginales (op.cit.:137), cuando manifiesta en sus conclusiones: *“...el análisis tanto de los ejes narrativos, de los ritos de iniciación y de las pruebas de virilidad de los hombres entrevistados pone de presente en este grupo etéreo (recordar que en el estudio de la autora son hombres mayores de 40 años) la masculinidad se construye únicamente en referencia a la competencia, la rivalidad y la posibilidad de conflicto con otros hombres. Las mujeres sólo están presentes en sus narraciones como seres a los que hay que proteger o como objetos de placer. En su subjetividad, las mujeres no son sus equivalentes, razón por la cual el lugar que se les asigna en sus relatos tiene por efecto confirmar la supremacía masculina y mantener a las mujeres en una posición subordinada y desvalorizada.....los testimonios recogidos muestran que el imaginario de estos varones en relación con la masculinidad le asigna un lugar preponderante a la exhibición de la potencia y rendimiento sexuales y a la presentación de ellos como seres eminentemente sexuales”*.

¹⁹⁵ / Esta hipótesis tiene además un cierto apoyo empírico en las observaciones de los asistentes de investigación, Fernando Murillo y Antonio Murillo, quienes sugieren que operan en la región del estudio dos tipos de espacios respecto a la liberalidad de la población sobre las prácticas homeróticas: un espacio más liberal y tolerante, barrios Alfonso López, Andrés Sanín y Siete de Agosto, versus un segundo espacio menos tolerante y por lo mismo de mayor agresividad con personajes clasificados como “homosexuales”, Charco Azul y Sardi. Los cinco barrios conforman una región contigua en la que hay una circulación de hombres y mujeres jóvenes en diversidad de actividades cotidianas. En Charco Azul y Sardi, al igual que otros barrios de la región de oriente de Cali (Distrito de Aguablanca) con alta preponderancia de población negra-mulata, los jóvenes manejan una percepción de exclusión mayor, representada en la expresión de “ghetto”.

Habría una significativa diferencia con la anterior descripción, que tiene que ver con factores de clase social y seguramente de extrema exclusión de las figuras masculinas, pues mientras los hombres entrevistados por Viveros y Cañón son de clase media, los nuestros son jóvenes de barriada popular. Los relatos que hemos recogido, tanto de jóvenes hombres como mujeres, no permiten concluir una figura masculina protectora de la mujer. Todo lo contrario, las mujeres son golpeadas¹⁹⁶ y sometidas a violencia simbólica y otro tipo de abusos (violación) de parte de algunos jóvenes. De resto, hay amplias similitudes en los relatos que hemos presentado.

Una masculinidad desafiada en el contexto colectivo (por exclusión racista y desigualdad social) y desafiada en el espacio inter-género (las mujeres a las que tienen acceso se comportan crecientemente en forma más autónoma) se relacionaría con una afirmación de los atributos masculinos antes mencionados, mediante mecanismos de inversión en la escala valorativa y de imagen, en el campo micro del barrio, el vecindario, el grupo de pares, la familia, al punto de radicalizar o extremar una serie de comportamientos “masculinos”.

- F)** En una situación de dominación aún muy desigual, algunas de las mujeres justifican la violencia que sufren debido a su propio comportamiento con los hombres, sobre todo en el campo erótico. Incluso en el caso de una de las mujeres en unión libre se llega a asociar la golpiza a que pueden ser sometidas porque el compañero de esa forma les expresa afecto. También aparecen manifestaciones en los relatos de las mujeres que justifican las violaciones porque según ellas las mujeres violadas se han buscado ese evento. Sin embargo, no todas comparten esta apreciación y por el contrario cuestionan radicalmente la dominación masculina que impera en la barriada. Se trata de las mujeres con mayor escolaridad y vinculadas a actividades de circulación por fuera de la barriada. En particular se destaca el caso de Diana.

Pero por otra parte, es notorio que las mujeres estudian más que los hombres –reconocido por los mismos jóvenes– y que enfrentan una menor deserción escolar. Pareciera que cuando se retiran del sistema escolar ha sido por fuertes constricciones económicas en el hogar, mientras que en el caso de los jóvenes hombres de la barriada no necesariamente ha mediado la crisis económica.

- G)** Aunque no se puede establecer una vinculación mecánica o determinista entre las condiciones estructurales y los procesos de creación de subjetividades y de identidades, es evidente que éstas son construidas también a partir de las experiencias de vida y las posiciones que socialmente los individuos ocupan. Por un lado, la mayor recurrencia de ciertos modelos (masculinidades conformadas sobre la violencia y la idealización pragmática de algunas figuras, los “aletosos”) está relacionada con las condiciones de vida marginales y de exclusión que estos jóvenes ocupan en el contexto caleño; pero igualmente, las discontinuidades que se evidencian también están asociadas al

¹⁹⁶ / La violencia inter-género en las clases populares, en la que las mujeres llevan casi siempre la peor parte, también debe ser relacionada con la violencia inter-generacional. Al respecto son útiles las observaciones de Fuller ([2000]:201) sobre el recurso al castigo físico y su uso más frecuente en los sectores populares que en las clases medias. Esto es importante porque tanto hombres como mujeres de nuestros entrevistados informaron de la relativa frecuencia con que los jóvenes hombres golpean a sus amigas (novias, amantes o compañeras).

hecho de que, sin embargo, las posibles experiencias de los jóvenes de sectores populares en Cali hoy en día pueden ser disruptivas a las modalidades hegemónicas de masculinidades de exclusión. La presencia de grupos culturales, como Ashanty, por un lado, o de figuras que están en los límites del barrio, como los casos más extremos, aunque no únicos, de Mancini y de Diana, o el caso más ambiguo de Carmen quien, reconociéndose como “aletosa”, aspira sin embargo a salir del “ghetto”, son un buen ejemplo de esas otras experiencias que son vivibles en el barrio.

En la dirección anterior estos barrios ni sus jóvenes son homogéneos. Se observan fisuras y fugas en el orden de las sociabilidades, no obstante la aparente asociación que aparece a primera vista, entre el contexto de pobreza, violencia y exclusión y una forma de vivir la masculinidad de los jóvenes bajo moldes en los que se privilegian las imágenes de virilidad-fuerza y coacción como elementos de la hombría y la subordinación de las mujeres a la esfera doméstica al servicio de los hombres, con discursos recurrentes de tipo homófobo e incluso acciones de violencia ejercidas en contra de las mujeres y hombres que se apartan del patrón de comportamiento. Las fisuras y fugas, a menudo individuales, se dan tanto en el orden de las prácticas como en el de las actitudes y, especialmente, de las expectativas. Aparecen *contrafiguras*, tanto masculinas como femeninas, que se disocian de la “norma”. La presencia de personajes que desafían ese orden y ponen en cuestión los estereotipos dominantes de la masculinidad así como los roles tradicionales domésticos de mujeres y hombres muestran que la dinámica micro-social en el barrio es mucho más compleja; y aunque esas versiones diferentes están asociadas a proyectos de movilidad social individual que implican búsquedas de formas de vida y expresión por fuera del barrio, se convierten en actos de desacato al “sistema de sexo-género” dominante en el barrio y, por eso mismo, fuertemente rechazados. Estos jóvenes son quizás, usando las palabras de Duvignaud, compuertas de una exclusiva que puede llenar esos barrios de aguas distintas.

Elementos analíticos para la construcción de un modelo interpretativo de las masculinidades de jóvenes negros en condiciones de exclusión

Las dimensiones imaginarias que permiten construir las figuras masculinas (formas o configuraciones de masculinidad) entre los sectores populares caleños, especialmente de barriada pobre en condiciones de exclusión, son dimensiones producidas desde el universo barrial en interacción con el macro universo urbano de la ciudad.

Aunque presentadas por separado para facilitar la exposición, es evidente que cada una de estas categorías está estrechamente ligada a las otras: a una condición moral habrán de corresponder unos determinados espacios de actividad, unos determinados atributos escénicos, unas concretas identidades de género y de orientación sexual, así como una pertenencia específica a una clase social y a un grupo socio-racial. En este sentido, cabe decir que el orden de presentación no necesariamente marca una jerarquía o prioridad entre ellos.

Consideramos que estos seis elementos constituyen la matriz básica a partir de la que se configuran las percepciones que los jóvenes del barrio se hacen de sí mismos y de los demás. Estos elementos se construyen a partir de polaridades que, en cada caso concreto, pueden ser más o menos rígidas pero

que facultan a los sujetos la posibilidad de convertirlos en marcadores discretos de similitudes y diferencias, es decir, de identidades individuales y colectivas (para un repaso de las diferentes teorías sobre la importancia de la “diferencia” en la construcción de representaciones e identidades, cf. Hall [1994]: 234-238). Dado que las enunciaciones de estas duplas dicotómicas han sido hechas a lo largo de las entrevistas por individuos ubicados ellos mismos dentro de las polaridades, la *ambivalencia* –que sería una de las características básicas, según el mismo Stuart Hall, de la “diferencia”– parecería ser negada, así en la práctica las valoraciones y relaciones con otros individuos no puedan dejar de ponerla en juego. Es por eso que en la descripción de estos elementos de la matriz básica enfatizamos en cada caso el carácter específico de los límites y fronteras entre las polaridades.

Moral

Una primera dicotomía o dupla bipolar corresponde al nivel de los atributos morales. “Sano” y “dañado” son adjetivos que califican como distintas a las personas. Se trata de adjetivos asociados a la detentación de atributos individuales evidenciados en comportamientos que son medidos a partir de la consideración de lo “sano” y de lo “serio”¹⁹⁷; el “dañado”, por contraste, se define en negativo, como carencia. Pero se trata de una dicotomía cuyos límites son relativamente fluidos, no absolutos. Pues, por un lado, comparten valores (por ejemplo, sus juicios sobre la homosexualidad), tiempos, rutinas, estilos y gustos (pertenecen al mismo parche, rumbean en los mismos espacios, les gustan las mismas músicas...); la presencia de algunos personajes que están a medio camino entre uno y otro grupo (ver capítulo 4) es, sin duda, un elemento que permite hacerse una idea clara de dicha fluidez y flexibilidad. Por otro lado, tanto unos como otros se definen a sí mismos –y se definen entre sí– como personas propias del barrio, identificadas con él. Son gente del barrio. Como veremos, el contraste y la polarización extrema se establece respecto a los “gomelos” que son “de afuera”.

Socio-espacial, de lugares sociales

Los espacios de la vida, especialmente aquellos signados por la cotidianidad, se constituyen también en elementos que permiten clasificar a las personas. Dos de ellos, la casa y la calle, pueden ser planteados como los polos contrapuestos más evidentes. Así, como espacios de socialización, habrán de determinar diferencialmente las características morales de los individuos: en tanto la calle es vista como el espacio de la sociabilidad abierta y de las relaciones –nuevas y quizás esporádicas– entre desconocidos, se la asocia al descontrol, al peligro y al vicio; aquellos socializados en la calle, expresan los entrevistados, posiblemente habrán de manifestar las características morales de los “dañados”. La casa, a su vez, “refugio en un mundo despiadado” en torno a la familia, como diría Christopher Lash ([1996]), será asimilada a los recursos de control, protección y responsabilidad; pareciera por tanto ser el espacio privilegiado por los “sanos-as”. De nuevo, sin embargo, está polaridad no es absoluta: la calle puede ser el espacio donde se dan relaciones estables (con amigos y vecinos) –que ocasionalmente substituyen o reemplazan con más fuerza a las de la familia– e, incluso, donde se consolidan nuevas “casas” gracias a los noviazgos; y a la inversa, la casa es un espacio donde se acogen, más o menos momentáneamente, a personas “extrañas”. Pero se trata también de espacios que definen identidades

¹⁹⁷ / Serio: “grave, sentado y compuesto en las acciones y en el modo de proceder”, “contrapuesto a jocoso y bufo”; “sin engaño ni burla”. *Diccionario de la Lengua Española*, [1992] Real Academia Española, Volumen 2, Editorial Espasa Calpe: 1868, Madrid, España.

individuales y colectivas. La calle, o mejor la esquina, es el espacio privilegiado (aunque no exclusivo) del parche. La casa, el espacio del sujeto hombre o mujer responsable y serio.

Por otra parte, es importante aclarar que existen otros espacios donde transcurren las vidas de estos muchachos, así de una manera grosera pretendamos aquí reducirlos a esos dos. Del lado de la calle está el billar, la cancha de fútbol para la “recocha”, la discoteca...; del lado de la casa, el lugar de trabajo y de estudio, del fútbol como opción futura de una actividad profesional, o también del grupo de rap, pero en donde sus integrantes son jóvenes de “casa”, responsables.

Y al igual que sucedía en la clasificación moral, la diferenciación espacial entre un adentro y un afuera es, seguramente, algo más rígida. La contraposición del barrio, lugar de la vida cotidiana, frente al resto de la ciudad, lugar del tránsito intermitente, es equivalente a la dicotomía entre lo propio y lo extraño y va a constituirse, como veremos, en un elemento clave en la conformación de las clasificaciones .

Teatral/escenográfica

Toda otra clasificación se efectúa a partir de los estilos personales puestos en escena sobre y mediante los cuerpos de los jóvenes. Se trata, como hemos enfatizado antes, de la construcción o escenificación de una especie de personajes *estereotipados* a partir de la incorporación en los atuendos de determinadas marcas (vestimentas, complementos, adornos) así como del despliegue de una gama específica de acciones en el lenguaje (jergas y entonaciones) y en los movimientos del cuerpo (posturas, tics, formas de andar, de sentarse, de saludarse, etc.). La dupla polarizada por excelencia (o cuanto menos más evidente visualmente) sería, en este caso, aquella que se da entre “aletosos” (guabalosos o pandilleros) y “gomelos”. Las imágenes y actuaciones respectivas podrían ser vistas como inversiones una de la otra. A la ropa amplia, holgada y caída del “aletoso” correspondería la ropa ajustada y marcada del “gomelo”; a los aspavientos y ondulaciones viriles de aquél, los gestos aparentemente “refinados” (“plásticos” en el lenguaje popular) y “amanerados” o “femeninos” de éste¹⁹⁸; los léxicos particulares que cada bando utiliza en su jerga cotidiana: mientras los primeros con un léxico más popular, los segundos colocando expresiones que buscan ostentar las distinciones sociales. Y como en los casos anteriores, a determinada “estética”, determinada clasificación moral y, también, distribución espacial. Ciertas ropas son signos en que los individuos *aprenden* a reconocer ciertos atributos morales. Ciertos movimientos y hablas son adecuados para determinados sitios, mas no para otros.

Vale la pena enfatizar que existen otros modelos estéticos o personajes estereotipados, así sean menos espectaculares: el serio y responsable, el estudiante, el trabajador, el deportista. Sin embargo, curiosamente, nos encontramos con una frontera que, a diferencia de las anteriores, parece aquí hacerse más rígida. Al rechazo explícito de las formas contrarias por parte de “aletosos” y “gomelos”, se suma la imposibilidad de encontrar algún joven que sea alternativamente una y otra cosa, así como de observar grupos de jóvenes compuestos por individuos con ambas estéticas. Sí es factible encontrar jóvenes “serios” que circunstancialmente visten con estilo “aletoso” (para ir a alguna fiesta, en algún evento especial, etc.) o asumen sus formas de saludar y hablar; como hemos explicado antes, también

¹⁹⁸ / Por supuesto, esta clasificación se apoya en un modelo émico de barriada que polariza el lenguaje entre “masculino” versus “femenino”.

los “aletosos”, especialmente aquéllos que andan en vueltas ilegales, han aprendido a camuflarse asumiendo formas y modos de los jóvenes “serios”. Algo similar ocurre con los “gomelos”, aunque seguramente en menor medida. Sin embargo, el salto de “aletoso” a “gomelo”, y a la inversa, parece estar vedado. Y es que la figura del “gomelo” viene a significar, resumiendo en sí toda una serie de cualidades estereotipadas, lo extraño y foráneo, lo que no es del barrio. Si el “aletoso” es uno, entre otros, de los “de adentro”, el “gomelo” es –así sea un joven nacido, criado y residente en el barrio– “de afuera”.

Identidad de género y de orientación sexual

En cuanto al género, podría aparecer como evidente la dupla masculino versus femenino. Con todo lo que ella implica –y a lo largo del texto se han evidenciado las condiciones diferenciales a partir de las que se constituyen las vidas de ellos y ellas–, sin embargo creemos que esta dupla no sería relevante por sí misma, sino por la figura que se les contrapone. Aunque no necesariamente en las mismas condiciones y con las mismas valoraciones, hombres y mujeres son personajes reconocidos y a quienes se les pueden atribuir determinadas características morales y estéticas, ciertos usos privilegiados de espacios específicos, aunque no siempre homogéneas ni iguales para todos. Más complicada es, sin embargo, la relación con la figura más ambigua que encarna, de forma evidentemente estereotipada, el travestido. Hombre que no *es* o no *quiere ser* hombre, suscita reticencias y dudas, especialmente a la hora de determinar su carácter moral. Su indefinición en una y otra de las identidades establecidas parece convertirse en imposibilidad de ubicarlo en un plano social por parte del resto de los individuos del barrio. Paradójicamente, es usualmente englobado dentro de una identidad concreta a partir de la asunción por los otros de una determinada orientación sexual: la de homosexual. Porque si bien es un hombre, el travesti no es un “hombre hombre” (viril, activo, heterosexual, etc.), y se desliza así hacia la negación de la hombría, una franja que va desde el “poco hombre” –aquel hombre sometido a la voluntad de alguna mujer– al “marica” –homosexual–, pasando por el “cacorro” –hombre con prácticas homoeróticas activas– y por el “travesti”. Estas dos últimas, “cacorro” y “travesti” son, repetimos, las figuras más ambiguas, aun cuando la tendencia es a asociarlos a la homosexualidad.

Y es que en el caso de la orientación sexual, la dicotomía es clara entre heterosexualidad y homosexualidad. De un lado, la heterosexualidad forma parte de las definiciones intrínsecas de hombres y mujeres; la homosexualidad implica la necesidad de pensar en otro par equivalente: maricas y lesbianas. Y al igual que hemos visto, va sucediendo con todos los pares, estos dos últimos suelen ser mirados como de “afuera”: mientras a las pocas lesbianas reconocidas se las supone de fuera del barrio, es ilustrativo que al “gomelo”, el individuo más de afuera del barrio, se le identifique –por su estilo de vestir, comportamiento, etc.– como homosexual.

Construcción de clase social

Como hemos desarrollado en el texto, el espacio barrial es identificado como aquel que es propio. Se trata del “ghetto”. Esta palabra contiene sin embargo más una dimensión de clase que de raza (aunque como veremos, la siguiente dimensión, la socio-racial, está estrechamente articulada a la de clase), pues el “ghetto” es, antes que nada, el espacio de la gente pobre y humilde, pero sobre todo el de la gente excluida, en contraposición al resto de la ciudad y, en especial, a los “barrios bien”, los “barrios de blancos y mestizos”. Mediante esta dicotomía se produce por un lado una homogeneización hacia

adentro: todos en el barrio o en el Distrito de Aguablanca serían iguales (así puedan encontrarse diferenciales económicos de cierta relevancia) y se reconocerían diferentes a los de los otros barrios o zonas de la ciudad. Por otro lado, por tanto, diferenciación hacia afuera. Y aunque es evidente que la vida de algunos de los habitantes del “ghetto” transcurre, así sea parcialmente (por causa del trabajo, del estudio, de la necesidad de hacer vueltas, etc.), en aquellos otros barrios, la identificación primaria es con el lugar de residencia. Pero la condición de clase no se establece únicamente en términos económicos. A la evaluación del barrio se le adjuntan, así, otras características: es el lugar de la gente buena y solidaria, el lugar de la autenticidad –donde están, por ejemplo, los verdaderos hombres–, un sitio que, pese a sus difíciles condiciones, “es agradable para vivir,....” Se trata también de una polaridad de límites no muy rígidos, pues los desplazamientos poblacionales, más o menos permanentes, pueden ampliar o reducir las zonas en que uno puede sentirse como en el barrio; igualmente, individuos de otras zonas de la ciudad pueden ser integrados con relativa facilidad.

Imaginario socio-racial

Es evidente que hay una geografía del “color de la piel” en la ciudad a partir de los niveles de concentración de población negra-mulata en un determinado barrio. En general podemos clasificar la variación del atributo entre gente negra versus gente blanca-mestiza, de menor a mayor “blanqueamiento” entre un barrio y otro, siguiendo una topología de variaciones (en Cali desde el centro hacia el oriente se “oscurecen” los rostros de la población). El color de piel se convierte así en un atributo que viene a funcionar, como en el caso anterior, como discriminador y diferenciador del barrio y sus gentes respecto a aquellos otros “de blancos”. Pero en forma contraria a lo que parecía suceder con el atributo de clase, donde hacia adentro parecía funcionar una imagen de homogeneidad, en el caso del imaginario racial nos encontramos con gradaciones y diferenciaciones más finas. En el seno del grupo de la gente negra se establecen categorías que, asociadas al color, tienen connotaciones más amplias: así, el “negro-fino”, por oposición al “negro-rudo”, “negro-tosco” o “negro negro”, es el que por sus características fenotípicas y/o sus modales y apariencia externa se acercaría más al “blanco”. Y como en los casos anteriores, a cada una de ellas van asociados características específicas.

El cuadro siguiente muestra sintéticamente estos seis elementos y las polaridades correspondientes:

Moral	Socio-Espacial Lugar Social	Genero Orientación Sexual	Teatral / Escenográfico	Clase Social	Socio Racial
Dañado	Parche / Calle / Vicio	Masculino “hombre hombre” Heterosexual	Aletoso Guabaloso pandillero	Ghetto	“gente negra”
Sano / Serio	Familia / casa Trabajo Escuela Deporte Otras actividades	Femenino “Poco hombre” o “no hombre” Homosexual	“gomelo”	“barrios bien” “barrios de blancos o mestizos”	Blanco mestizos

Interacción de las dimensiones imaginarias en la configuración de la masculinidad

Una vez trabajadas de forma independiente, procedemos entonces a sistematizar y ver las peculiares articulaciones e interacciones que se dan entre ellas en la producción de la masculinidad entre estos jóvenes negros de sectores populares.

Hay dos figuras hegemónicas opuestas que, incluidas y pensadas como propias del universo barrial, se convierten en modelos positivos generalizados e idealizados, siendo compartidas estas valoraciones tanto por hombres como por mujeres. Se trata de las figuras que encarnan los personajes de los “aletosos” y “sanos”.

1) Aletoso	Parche “banda” Calle	Masculino, “hombre hombre” heterosexual	“gente negra”	“Ghetto”	Dañado
2) Sano/serio	Familia Trabajo Escuela Deporte Otras actividades	Masculino, “hombre hombre” heterosexual	“gente negra”	“Ghetto”	

Como puede observarse, comparten tres características: son del “ghetto”, son “negros” y son “hombres hombres” –heterosexuales activos–. Y las diferencias se establecen a nivel de los lugares de actividad y de su condición moral: calle/dañado versus casa/serio. Como decíamos, tanto unos como otros son reconocidos como figuras propias del barrio, y las interacciones entre ellos suelen ser fluidas (se comparten algunas actividades y espacios, se tienen amistades, etc.); inclusive, algunos jóvenes están a medio camino entre la una y la otra (ver cuarto capítulo).

Sin embargo, como se vio anteriormente (capítulos segundo y tercero), los “sanos” por lo regular también pertenecen a un “parche” o grupo de pares, con el cual viven procesos de socialización; con la diferencia que aquí el grupo de pares no llega a tener el peso tan decisivo en los procesos de socialización y en lo que nos interesa, producción de sociabilidades que configuran identidades masculinas, para llegar a desplazar al grupo familiar o desbordar el sistema escolar. Los jóvenes negros “sanos” tienen sus parches, en los cuales también pueden participar miembros con un perfil más “aletoso”, pero se mantienen en el sistema escolar o llevan a cabo una actividad laboral o de otro tipo que les permite afirmarse en un proyecto de movilidad social. Además, como se pudo observar a través de los personajes, casi siempre la familia continúa ejerciendo un control social sobre ellos. En segundo lugar, los “parches” en estos casos son más de grupo a diferencia de los “parches de banda”, en donde predomina el “aletoso”. Por esta razón son jóvenes que en la barriada son identificados émicamente como “sanos”, “serios”, lo contrario con los jóvenes vinculados a actividades de rebusque ilícito de alto riesgo.

Hay una figura marginal negada y excluida del universo barrial, así tenga una presencia más o menos activa en el mismo. Se trata de la figura del “gomelo”, aquella en la que se invierten precisamente

los tres atributos que comparten las otras dos figuras: no son del “ghetto” (su vida transcurre por fuera o tiene la expectativa de que así sea), se vinculan a gente mestiza/blanca (o ellos mismos se “blanquean”) y se les asocia a lo femenino y a la poca hombría. Evidentemente, esta marginalización se lanza también hacia aquellas personas que tienen algunos de esos atributos (travestis, gays,... pero también sobre aquellas mujeres que asumen comportamientos que se suponen para los jóvenes entrevistados son característicos del otro sexo, como las “igualadas” o las lesbianas, independientemente a que ellas o aquéllos residan en el barrio).

3) “Gomelo” ¹⁹⁹	Femenino, “Pocohombre” homosexual / marica “gay de barriada” travesti, “cacorro”	“barrios bien” / “barrios de blancos/mestizos”	“gente mestiza/ blanca”
----------------------------	--	--	----------------------------

Dado que, dentro del barrio, al “gomelo” se le asociaría con el par restante casa/serio –que compartiría, por tanto, con la figura del joven sano–, es clara que la dicotomía “aletoso”/ “gomelo” expresa e ilustra la polaridad extrema. Quisiéramos reflexionar un poco más sobre este par dicotómico.

¹⁹⁹ / Pero según Juan Diego, los “gomelos” son los “aletosos” de la “jai class”, son “aletas ricos”. En ese caso serían también “dañados” en la percepción de este joven rapero (ver capítulo tercero, las figuras “sanas”). Podríamos entonces advertir de una jerarquía social en el universo “gomelo”: los “gomelos ricos” y los “gomelos pobres”; claro está que nuestros personajes de barriada en su mayor parte pertenecen a los “pobres”, son “plasti-pobres”, incluso Carlos Alberto, el “gay” mestizo, quien se acercaría a una clase media baja.

En buena medida la figura del “aletoso” es una forma que trata de contestar un determinado régimen de representación socio-racializado y de clase. En ella se asumen los atributos y características que en Cali, el orden social identifica con lo “negro” y lo “pobre” mediante un proceso de trans-codificación (Hall [1994]: 270) en el que se reversan los elementos negativos en positivos. Evidentemente, la estructura dicotómica de la representación estereotipada no es trastocada; al contrario, es re-hecha y (plantea Hall [1994]: 272) reforzada a partir de la exageración de los atributos (hipersexualidad, arrogancia, arrojo, dureza, resistencia, etc.). Quizás la sobrevaloración del papel de la violencia por parte de estos jóvenes aletosos deba ser entendida en este mismo sentido como formando parte de una “política de la representación” que debe ser ubicada, evidentemente, dentro de un contexto histórico particular y no necesariamente específico de la ciudad de Cali. Pieter Spierenburg ha observado, para Europa, la progresiva marginalización de la “cultura del cuchillo” –el paso de una violencia impulsiva y ritual a una violencia más planeada e instrumental– a lo largo de los tres últimos siglos, lo que iría en paralelo con una “espiritualización del honor”: un proceso de pérdida de valor de los rituales de la violencia (asociados a la apariencia, al cuerpo), acompañado tanto de cambios culturales como sociales –por ejemplo, por la mayor seguridad y el aumento del control estatal (Spierenburg [1998]: 132-135)–. Pero también observa cierta expansión en las últimas décadas de esa violencia a nivel de los barrios populares tanto de Europa como de Estados Unidos, lo que Wacquant llama “despacificación” y que se asocia a una mayor inseguridad asociada al retiro del Estado, que lleva al establecimiento de “códigos de la calle” –del que tampoco pueden escapar los miembros “decentes” de esos barrios– (Spierenburg [1998]: 144-145). En sus propias palabras:

“... cuando el control del Estado es débil, las nociones de una masculinidad ruda y de una fuerte defensa del honor propio tienden a seguir siendo dominantes; la fortaleza del Estado, especialmente un monopolio estable de violencia, facilita el desarrollo de una nueva masculinidad y de nociones espiritualizadas del honor. (...) Sin embargo, dichos movimientos solamente tienen la oportunidad de tener un éxito duradero si una situación de pacificación estable prevalece. Mientras nuestras ciudades modernas tengan islas sin pacificar dentro de ellas, el viejo honor permanecerá entre nosotros.” (Spierenburg [1998]: 148-149).

En una dirección más que complementaria para interpretar la relación entre el trasfondo de violencia en las barriadas populares con alta concentración de población negra y las masculinidades en construcción en esas zonas urbanas, es preciso no sólo analizar el fenómeno de la ausencia del Estado en la vida urbana de las periferias pobres de las ciudades latinoamericanas o de otras sociedades, sino introducir los factores de clase social y racial, tal como lo sostiene Connell citando a Staples (op.cit.: 42), advirtiendo que el racismo en la sociedad colombiana presenta importantes variaciones respecto al caso norteamericano, *“las elaboraciones de Robert Staples sobre el colonialismo interno en Black Masculinity muestran al mismo tiempo el efecto de las relaciones de clase y raza. Tal como él argumenta, el nivel de violencia entre los hombres negros en Estados Unidos sólo puede ser entendido mediante la cambiante posición de la fuerza de trabajo negra en el capitalismo americano y por los medios violentos utilizados para controlarla. El desempleo masivo y la pobreza urbana interactúan poderosamente hoy día con el racismo institucional en la conformación de la masculinidad negra”*. Es decir, si bien las formas del racismo en la sociedad colombiana no tienen un soporte institucional y por lo mismo no han generado un modelo de

“apartheid”, fenómeno característico de otras sociedades con racismo institucionalizado, sí sería válida la hipótesis de una hipermasculinidad soportada a través de modalidades sociohistóricas de marginación de clase y racial, ambas conjugadas.

Por otra parte, en paralelo al proceso de revalorización, se produce a su vez una dinámica de re-estereotipación de otros grupos o tipos sociales por parte de los grupos subordinados. Estaríamos tentados en ver en la figura del “gomelo” (y quizás también en la imagen de las mujeres “igualadas”) a un **Otro** construido por los sectores populares como contra-imagen invertida que resume en sí misma los aspectos considerados negativos dentro del barrio. Pero sobre todo es interesante observar que sobre el “gomelo” se deslizan estereotipadamente (es decir, de forma exagerada y simplificada, cf. Hall [1994]: 257-258) todas las características que tendrían, a ojos de los jóvenes populares negros, los “blancos” de la ciudad. En el proceso de dar significado a las diferencias, las figuras de blanco y “gomelo” se confunden y sobreponen. Pero a diferencia de los blancos, sucede que el “gomelo” no puede dejar de ser visto como alguien que es -precisamente contra su voluntad-, también, del barrio, negro y pobre. Y así, a la propia imagen de sí, como de individuos “normales y completos”, se contrapone la representación del “gomelo” como persona que reniega de sus orígenes: de clase (quiere escapar del barrio), de raza (no quiere ser “negro”), de género y sexual (de formas “amaneradas”, poco hombre, o del lado de la homosexualidad). El “gomelo” es el “de afuera” que está “dentro”, a su lado, junto a ellos, y por lo mismo se convierte en una figura incómoda, subversiva. Y como en todo proceso de estereotipación, se acompaña necesariamente de un proceso de segregación y exclusión: el “gomelo” –y todo lo que a él se asocia– es convertido en una figura “marginal” dentro del barrio.

En esta dirección proponemos que el modelo hegemónico de masculinidades “aletosos” / “sanos” versus masculinidades marginales asociadas alrededor de la figura del “gomelo” opera en un esquema inverso al que formula Elias [1997] en su estudio clásico sobre la lógica de la exclusión. Los incluidos en términos énicos son las figuras de masculinidades “exageradas” o hipermasculinidades, o sea, pertenecen a la barriada (los excluidos en el orden social), mientras las figuras marginales masculinas constituyen los excluidos o vistos como fuera de la barriada (los **Otros**), y en caso de ser hombres negros tendrían una valoración negativa adicional, como renegados, pertenecientes a los incluidos en el orden social, de ahí el calificativo escenográfico de “gomelos”.

Masculinidad y paternidad adolescente: factores acumulativos de la exclusión

Un elemento que no puede dejarse a un lado es la incapacidad de ejercer el papel de proveedor económico para nuestros jóvenes hombres de la barriada. Esta incapacidad es reconocida por ellos mismos, por las mujeres que son sus novias, amantes o compañeras y por sus madres o abuelas. Se observa en los relatos la clara imposibilidad que los hombres tienen para responsabilizarse de los embarazos, de sus compañeras sexuales ocasionales o con las que tienen alguna relación emocional más duradera, pero también de sus propias familias (madres, hermanas-os, etc.). Una buena parte de ellos son desertores escolares con muy poca probabilidad de insertarse al mercado de trabajo. Su principal alternativa es el rebusque, las más de las veces “ilícito”. Además, no necesariamente lo que realizan en sus “rebusques” lo llevan a sus hogares en todos los casos. Por supuesto, esto es una consecuencia de

las condiciones precarias de vida de sus familias y en general de toda la barriada, sin que por ello pierdan su “hombría”.

Viveros y Cañón (op.cit.:138) señalan que muchos de los varones de su estudio tampoco se desempeñan como proveedores económicos, a pesar de ser hombres adultos de clase media. En este sentido comenta, “ *finalmente, queremos plantear que la pobreza que caracteriza a la sociedad chocoana y la precariedad de los empleos de gran parte de su población, inciden en que la masculinidad no se defina en todos los casos a partir del papel de los hombres como proveedores económicos. Muchos de los varones no cumplen esa función y son las mujeres quienes se ven obligadas a proveer parcial o totalmente al hogar. Sin embargo, a pesar del incumplimiento temporal o definitivo de esta exigencia, el varón chocoano no ve cuestionada por esta razón su virilidad. Si bien la masculinidad se define en términos generales en relación con otros atributos, especialmente los que tienen que ver con el desempeño sexual, en el caso de los sectores medios existe una mayor presión social para que esta definición incluya su rol de proveedores económicos. En la medida en que las condiciones materiales lo permiten, la cultura plantea diferentes exigencias, para conferir a los hombres poder y reconocimiento tanto en el ámbito doméstico como en el público*”. Ahora bien, en nuestros jóvenes este último aspecto se dificulta enormemente²⁰⁰. Pero al mismo tiempo, en el modelo hegemónico de la barriada los “sanos”, a pesar de esta situación, más complicada que en el caso de hombres de clases medias, tienen como meta ser “responsables” (recordemos a Leonel, tercer capítulo, al igual que al deportista, Jaime Andrés, y los dos raperos, Juan Diego y Didier). Es decir, habría una serie de aspectos en común en las dos situaciones, la descrita por Viveros y Cañón entre hombres de clase media en Quibdó y la nuestra en una barriada popular caleña.

Por otra parte, Viveros y Cañón (op.cit.: 403) sostienen, a partir de su estudio con hombres negros de clase media en Quibdó, “*...la necesidad de ir modificando ese lugar de padre ausente que se le ha asignado al hombre negro en Colombia. También existen familias como la santandereana, en la cual la ideología de la virilidad es muy fuerte y el honor y la virginidad son temas importantes. En cambio, esos mismos temas tienen poco valor en las culturas caribeñas y del Pacífico*²⁰¹. La zona andina, de su lado, tiene sus propias particularidades. Estos son ejemplos que muestran que, efectivamente, **la forma familiares tienen una relación directa con la construcción social de la paternidad y de la masculinidad** (negrillas nuestras)”. En el caso de los jóvenes “sanos” o “responsables” en nuestro estudio se observa una influencia determinante del entorno familiar, algunas veces con presencia del padre o padrastro, otras veces con el apoyo de otros hermanos-as mayores, y en todas las situaciones la madre ejerciendo un papel central. Más que una figura de padre biológico

²⁰⁰ / Recordemos a la madre de los dos hermanos, Sidney y Michel personajes “aletosos”, la señora Romelia, quien reivindica que sus hijos son apenas “hombrecillos”, que no se les puede demandar responsabilidades. Además ella con su madre (la abuela, Pastora) prodiga una sobre-protección. Ver tercer capítulo.

²⁰¹ / No compartimos la menor importancia de la virilidad en el caso de las familias de la región Pacífica y Costa Caribe, con una mayor concentración histórica de población negra-mulata en el país, cuando se toma como referencia otras regiones (el caso de los Santanderes). La virilidad es un componente básico en la masculinidad de los jóvenes negros entrevistados en el modelo de las masculinidades hegemónicas (“aletosos” versus “sanos”, ver capítulos tercero y cuarto); pero también se observa en los relatos de las mujeres al representarse a sus hombres (capítulo sexto).

presente o ausente se trataría de figuras adultas masculinas que permitan producir imágenes identitarias y consolidar el control social del proceso de socialización del joven, compartido con el grupo de pares y el sistema escolar. También un personaje de masculinidad marginal como Edwin Mancini, con un proyecto de vida responsable tiene un soporte del entorno familiar, particularmente su madre y tía, sin que haya mediado directamente una figura masculina, su padre, al que él odia²⁰². En los casos de Sidney y Michel, los dos hermanos que personifican figuras “aletosas”, la familia es colapsada ante la incapacidad de la madre y la abuela por ejercer no sólo un adecuado control social, sino apoyarse en figuras masculinas en el proceso de socialización de los dos hijos. En este micro contexto el grupo de pares, el “parche”, termina por sustituir las opciones de identificación masculina del medio familiar.

Pero en la misma perspectiva no debemos olvidar que nuestros jóvenes son en su mayor parte menores de 20 años y que para ellos asumir la paternidad presenta serias dificultades, no solamente por la condición de clase social. Al respecto la observación de Fuller ([2000]:192) es útil: “...*el joven se caracteriza por no ser todavía responsable ya que aún no está inserto en la estructura social: todavía está en un período liminal, de transición entre el niño dependiente y el adulto responsable. La juventud es el período en que los amigos predominan, de estar en la calle, de las pruebas de virilidad, etc. Lo que sucede es que en términos ideales, estos jóvenes deben convertirse en **hombres cabales**. Eso no quiere decir que todos lo hagan...*”. Diríamos así que los personajes “sanos” en nuestro estudio se acercarían a un proyecto de *hombre cabal* de barriada.

En segundo lugar, como lo coloca Viveros ([2000 B]: 193), “...*en cada momento del ciclo de vida, los hombres (en Colombia) son a la vez **quebradores** (los “**caballos**” en el lenguaje de nuestros personajes) y **cumplidores**. Es decir, está presente el ejercicio de la responsabilidad y también está el deseo del riesgo y de mostrar las proezas sexuales. Sin embargo, a medida que se avanza en el ciclo de vida, sí vemos que se privilegia más lo de ser cumplidores, lo que tiene relación con la responsabilidad y menos lo de las proezas sexuales*”. Esto significa que en las masculinidades hegemónicas de barriada el polo de los “sanos” se acercaría a esta interpretación. Sin embargo, también en los casos de las masculinidades marginales aunque no aparece el componente “caballo” o “quebrador”, el aspecto de la responsabilidad o del hombre “cumplidor” puede ser en cambio el más dominante. Esto está muy bien marcado en la figura de Mancini, el joven negro modelo (capítulo quinto).

Pero si colocamos el tema de la paternidad adolescente en nuestros entrevistados (hombres y mujeres), observamos que el enorme riesgo de embarazos adolescentes –en la lógica del “caballo” o “quebrador”– debe mirarse en una perspectiva relacional. Como adecuadamente lo formula Olavarría ([2000]: 211), “*hoy en día, si no hacemos estudios relacionales, no podemos conocer algunas situaciones como el problema de la maternidad y la paternidad adolescente. Ahí los problemas de identidad de género y de relación de género son básicos porque es el lugar más **desenfrenado** ya que los jóvenes se ven compelidos a corresponder al modelo hegemónico que define a su sexualidad como incontrolable y las mujeres están muy identificadas con la necesidad de*

²⁰² / Recordemos que el padre biológico de Mancini está preso acusado de múltiples asesinatos como miembro de un “grupo de limpieza” en la barriada.

satisfacer, de gustar a los varones". Este comentario nos recuerda a los personajes de Carmen y su amigo Michel (capítulos sexto y tercero), que durante las entrevistas eran sólo "novios" y ella ya está embarazada. Pero en general es útil para analizar la lógica ambigua entre jóvenes hombres y mujeres entrevistados-as del "noviazgo" y del "vacilón", con las consecuencias del alto riesgo de un embarazo adolescente. Esta situación se torna más complicada debido al escaso conocimiento de las técnicas anticonceptivas entre mujeres y hombres y a su inadecuado uso, pero que en términos más amplios se trataría de una percepción en el conjunto de la población juvenil de la barriada por un aparente escaso interés en su utilización²⁰³.

El mismo Olavarría (ibíd.: 159, 161) señala que *"una paradoja en el campo de la paternidad de la masculinidad hegemónica es la de tener un hijo y no ejercer ni sentirse padre. La paternidad patriarcal que se nutre de este modelo no sólo permite a los hombres tener hijos y no ser padres, sino que, además, les da los argumentos, provee de los sentidos subjetivos y les socializa en sus prácticas...En estas situaciones, el hombre, muchas veces un adolescente o joven adulto, tiende a no sentirse comprometido con la pareja, menos aún con el posible hijo. Por lo tanto, no ve razones para responder a una paternidad que siente incierta y difusa. Sin embargo, el desentenderse de un hijo que se ha tenido siendo adolescente no implica que no tenga consecuencias posteriores en el varón"*. La mayor parte de los jóvenes entrevistados presentan este tipo de comportamiento, desentendiéndose con los embarazos causados. Por lo menos este es el patrón resultante entre los personajes de masculinidades hegemónicas, "aletosos" y "sanos", a pesar de que supuestamente valoran la virilidad y el resultado cuando una mujer es embarazada, pero no asumen sus consecuencias. Esta "irresponsabilidad" podría decirse forma parte de los juegos amorosos y eróticos entre mujeres y hombres. El discurso masculino dominante es que *"ellas se dejan embarazar"*, *"ellas no se cuidan"*, o si *"no quieren quedar embarazadas por qué no se cuidan"*.

De otro lado, la "irresponsabilidad" en la asunción de la paternidad entre los jóvenes de barriada pareciera asociarse a un fenómeno de sobre-protección de las madres y abuelas, en particular en algunos casos de colapso del control social familiar sobre los jóvenes adolescentes. Podría pensarse que se trata del único recurso disponible que tiene la madre o los familiares para mantener un nexo solidario entre el joven y el grupo doméstico, ante el fracaso de otras alternativas que eviten la deserción escolar y obtención de alguna clase de empleo. En realidad, la construcción de un "proyecto responsable" –como aparece en los jóvenes "sanos"– está mediado por el contexto familiar y la dinámica social de exclusión en forma combinada.

Ciertamente a una menor influencia del grupo familiar con una ausencia de figuras masculinas adultas (no necesariamente ausencia de padre), más recae la socialización en las figuras del "parche" y en los espacios / escenarios de la calle. No es cierto que se opongan en la realidad la familia y el grupo de pares, a menos que el grupo familiar colapse en su capacidad de marcar una dinámica de control social. Si eso sucede entonces la balanza se inclina hacia la idealización de otras figuras masculinas por fuera del entorno familiar. Los jóvenes de la barriada viven continuamente situaciones ambivalentes entre

²⁰³ / La mayor parte de los jóvenes de barriada entre nuestros entrevistados no utilizan el condón, así supuestamente conozcan para qué sirve y aparentemente sepan usarlo. Esto es válido para hombres y mujeres.

ambos lugares sociales (la casa y la calle), fenómeno generalizado para las distintas clases sociales durante el período de la adolescencia y adultos jóvenes como lo observa Olavarría. Pero lo característico en la barriada es a una cierta mayor propensión al colapso de la socialización familiar relacionado con las condiciones de exclusión social. Sin embargo, no todos los grupos familiares enfrentan la mismas dinámicas ni los jóvenes viven de igual forma estos procesos.

Por otro lado, es necesario contextualizar el fenómeno de la deserción escolar entre los jóvenes hombres negros de las barriadas populares en Cali, evitando caer en particularismos peligrosos que terminan por estereotipar a nuestros personajes. En un estudio reciente de los investigadores economistas Fabio Sánchez y Jairo Núñez, del CEDE (Centro de Estudios de Desarrollo Económico) de la Universidad de Los Andes (Revista DINERO [2000]:26), se ha llegado a observar que en los últimos 25 años para las siete principales ciudades colombianas *“la tasa de retorno a la educación ha tenido una evolución en forma de U. Después de descender desde los 70 hasta finales de los 80, el retorno a la educación aumentó en los últimos diez años. Estudiar cada vez paga más y mucho más para las mujeres que para los hombres (en todos los grupos de ingresos)”*. En segundo lugar, *“el retorno de la educación no ha sido el mismo para las diferentes cohortes de edad. La educación recibida por las generaciones más antiguas tiene mayor retorno que la recibida por generaciones más jóvenes. Y en las generaciones recientes, los hombres alcanzan apenas una tercera parte del retorno a la educación que logran las mujeres”*. El subtítulo del artículo reza, *“la educación en Colombia ha sido muy rentable, excepto para los hombres más jóvenes (en todos los grupos de ingresos)”* (negritas nuestras). A partir de este hallazgo econométrico podemos, si no relativizar la importancia de la deserción escolar para los jóvenes en sectores populares de barriada, sí entender que su condición desigual, mucho más agravada, obviamente por su ubicación en la estructura social, forma parte de un patrón macro social de género que incide sobre las nuevas generaciones en la sociedad colombiana y que afecta a los hombres y mujeres en todos los niveles de ingresos. Es así interesante advertir que la inversión en capital escolar por parte de las mujeres ha podido incidir en los cambios en las relaciones de género y que para los hombres, sobre todo de las clases populares, su percepción es menos favorable a mantenerse en el sistema escolar. Vale la pena señalar que algunos de nuestros entrevistados resaltaron que a diferencia de ellos las mujeres buscan mantenerse en el estudio y salen adelante.

Mujeres “igualadas” en contraposición a las figuras femeninas del modelo hegemónico masculino

Hay, por último, el caso de las figuras de las mujeres que replican, dentro de un plano de subordinación, los polos y contradicciones de los hombres. La dicotomía en la imagen que se hacen los hombres respecto de las mujeres parece replicar la lógica con que se organizan aquellas que se hacen de los diferentes tipos de hombres. El par “perra”/“sana” sería equivalente al par “aletoso”/ “sano”, es decir, figuras pertenecientes al barrio, y es necesario interpretarlo en un contexto socioantropológico más amplio. Quizás valga la pena recordar la referencia de Norma Fuller ([1997]: 144-153) al caso de los hombres de las clases medias peruanas –especialmente los socializados en los setentas y, en menor grado, los ochentas–, cuando establece tres grandes tipos de relaciones con las mujeres: de noviazgo con la enamorada (de igual jerarquía de clase/raza), de seducción con las amantes y las conquistas

provisionales (de jerarquía inferior) e instrumental con las prostitutas (marginales, casi por fuera de la jerarquía). Pero sólo la primera da lugar a una tensión y a una competencia con el grupo de pares; las otras dos relaciones se insertan con facilidad en las actividades del grupo: las conquistas dan lugar a las fanfarronadas y a la demostración de las habilidades y dotes personales de los jóvenes, mientras que las prostitutas forman parte de la etapa de iniciación sexual, actividad usualmente realizada con los amigos.

Posiblemente la dicotomía entre la mujer “bandida”, “perra” o “fufurufa” versus la mujer “sana”, “seria”, “de su casa” tenga en forma similar al caso de los hombres una contraparte de figura que es representada al exterior del barrio. Algunos de los comentarios de los jóvenes (hombres²⁰⁴ y mujeres) hacen equivalente esta representación a la mujer “lesbiana”, pero todavía ello requiere un estudio más en profundidad. Lo que sí es muy dominante en el discurso masculino, tanto de las figuras “aletosas” como de las “sanas” y los personajes intermedios, es la enunciación para las mujeres de “**igualadas**”, para referirse a que ahora ellas pretenden comportarse como los hombres en diversos planos: el laboral (oficios “masculinos” desempeñados ahora por mujeres y que los hombres realicen oficios “femeninos”), toma de decisiones domésticas (la mujer como jefe del hogar aún con hombre presente), iniciativas eróticas y de cortejo al hombre con seducción (la mujer desempeñando el papel activo en el amor y el erotismo), retadoras en la capacidad amoratoria y erótica del hombre (la mujer le exige a su compañero sexual hacerla sentir placentera en la relación), las actividades deportivas que se asumen exclusivas de los hombres, como en el caso del fútbol, ahora con jugadores mujeres. Quizás esta caracterización hecha por los jóvenes hombres sobre el desafío colocado por las mujeres, el cual les señala un alto riesgo de la pérdida de poder dentro del sistema dominante de género, pudiese interpretarse como una nueva figura subversiva a la masculinidad hegemónica. Pero también ronda el temor entre los jóvenes que las mujeres los desenmascaren en el interior del grupo de pares sobre sus aventuras amorosas al retarlos en sus capacidades amoratorias y eróticas. Los “vacilones” constituyen una forma de relacionamiento entre hombres y mujeres por la cual la dominación masculina está puesta en cuestión, a pesar de los discursos manejados por los jóvenes sobre su comportamiento como “caballos” (o “quebradores”, ver Viveros y Cañón, op.cit.).

Sin embargo, cabe introducir un matiz importante, puesto que en el sistema de sexo-género a partir del que se construyen las identidades masculinas en el barrio coloca a las mujeres en una situación de fuerte desigualdad y subordinación frente a los hombres, al tiempo que excluye otras masculinidades que cuestionan los ideales de “hombre” dominantes. Sucede como en el caso de la narrativa de ficción afronorteamericana, donde, cuando se introducen las tensiones raciales, el papel de la mujer entra a ser tanto puesto en juego como instrumento y arma usado en las luchas. Ese papel en la novela ha sido a veces cambiante, y no necesariamente en beneficio de la mujer. De base de la familia, y por lo tanto, punto de anclaje de cualquier cambio social a mediados del siglo pasado, a ser vista como colaboradora y fácil aliada del grupo “racial” enemigo en la novelística en los años sesenta, pasando por una fase de mera acompañante en el movimiento de los años treinta (Harlem Renaissance). Así, la mujer aparece como la “puta” o como una “madre terrible” emasculadora, en papeles cada vez más marginales y por fuera de la “heroicidad” de la que, aparentemente, sólo podrían participar los hombres

²⁰⁴ / Hernán (capítulo cuarto), llega a decir: “*es un descaro para un hombre, una mujer que tenga otra mujer es más grave que una mujer que tenga otro hombre*”.

(Scott [1992]; recordando a A. Memmi, ella apela a la dificultad de los dominados en tener claridad de ideas y, por ello, a recurrir a las ideas de los dominantes, cf. Scott [1992]: 310-311). La mujer pasa a ser elemento central en la lucha por el poder con el otro grupo racial. En el caso de los jóvenes populares negros de Cali, esas diferentes percepciones de la mujer son también evidentes: mientras que la mujer “seria” está destinada a ser la novia o la esposa y la “perra” a ser la compañera más o menos ocasional, la “igualada” o la “waicera” pasan a ser vistas como aliadas del enemigo y, como los “gomelos”, dejan de ser del barrio.

Hipermasculinidades, nuevas identidades y dinámicas individuales

Tal y como explicamos al final del tercer capítulo, la configuración de estas masculinidades se da en un contexto de crisis generalizada –como muestran Abarca [1999] y Oliveira [2000]– de los modelos de género vigentes, tanto por imposibilidad de su cumplimiento como de deslegitimación del modelo. La radicalización de modelos “conservadores” de hipermasculinidad en un proceso de diferenciación y autovaloración se da, por tanto, en medio de un contraste y una pugna constante (tanto desde afuera como desde adentro de la barriada) con intentos de desvalorización de dichos modelos.

Por esta razón estamos de acuerdo con Kaufman ([1997]:74), cuando afirma, *“sin embargo, no existe una masculinidad única, ni una experiencia única de ser hombre. La experiencia de distintos hombres, su poder y privilegio real en el mundo, se basa en una variedad de posiciones y relaciones sociales. El poder social de un blanco pobre es diferente del de uno rico, el de un negro de clase obrera del de un blanco de la misma clase, el de un homosexual del de un bisexual o un heterosexual, el de un judío en Etiopía del de un judío en Israel, el de un adolescente del de un adulto. Los hombres generalmente tienen privilegios y poder relativo sobre las mujeres en el mismo grupo, pero en la sociedad en conjunto las cosas no siempre son tan claras”*.

Pero de nuevo retomando las advertencias analíticas de Goffman y Elias con las que partió este estudio, debemos observar que la relación entre los niveles macro, meso y micro en un análisis de las sociabilidades es problemático. Nuestros personajes jóvenes –hombres y mujeres– combinan trayectorias de vida muy complejas a pesar de su “juventud” pero sobre todo porque los propios factores más socioantropológicos, macros y mesos, se combinan en una dinámica cambiante. Esto es lo que sugiere el mismo autor anterior (Kaufman): *“la palabra **hombre** sirve tanto para calificar a **negro, de clase obrera, desempleado** y **gay**, como éstas para calificar a la palabra **hombre**. Nuestras vidas, nuestras mentes, nuestros cuerpos simplemente no están divididos de manera que podamos aislar las distintas categorías de nuestra existencia. Las experiencias y la autodefinición de este hombre, así como su ubicación dentro de las jerarquías del poder, están codeterminadas por una multitud de factores”*, (op.cit.:75).

[Continúa ...](#)